Imprimir

Si algo demuestra que las hambrunas y la inseguridad alimentaria son provocadas por el hombre y no por caprichos de la naturaleza y el clima, es la actual crisis alimentaria, que está poniendo a millones de personas en todo el mundo al borde de la inanición.
La guerra entre Rusia y Ucrania ha puesto de relieve el desastre mundial del suministro de alimentos, pero se estaba gestando mucho antes de la guerra. La cadena de suministro de alimentos ha sido cada vez más global. La Gran Recesión de 2008-9 comenzó a interrumpir esa cadena, basada en empresas multinacionales de alimentos que controlan el suministro de los agricultores de todo el mundo. Estas empresas dirigían la demanda, generaban la oferta de fertilizantes y dominaban gran parte de la tierra cultivable. Cuando golpeó la Gran Recesión, perdieron beneficios, por lo que redujeron la inversión y aumentaron la presión sobre los productores de alimentos en el 'Sur Global'.

Las grietas en estos pilares del suministro de alimentos estuvieron acompañadas por el aumento de los precios del petróleo, la demanda explosiva de biocombustibles a base de maíz, los altos costes de transporte, la especulación en los mercados financieros, las bajas reservas de cereales, las severas alteraciones climáticas en algunos de los principales productores de granos y el aumento de las políticas comerciales proteccionistas. Este fue el "clima" alimentario en la larga depresión hasta 2019, antes de que ocurriera la pandemia.

Precios de alimentos, combustibles y fertilizantes en relación con el crecimiento del PIB en países de ingresos bajos y medianos, 2000-2022. FAO/FMI/Banco Mundial.

La crisis alimentaria posterior a la Gran Recesión duró relativamente poco, pero fue seguida por otra explosión de los precios de los alimentos en 2011-12. Finalmente, el 'boom de las materias primas' terminó y los precios de los alimentos se mantuvieron relativamente estables durante un tiempo. Pero la crisis de la pandemia provocó una nueva crisis cuando la cadena de suministro global colapsó, los costes de transporte se dispararon y el suministro

de fertilizantes se agotó. El índice de precios de los cereales muestra que los precios alcanzaron su nivel de 2008 en 2021.

El mundo no se ha recuperado de las consecuencias de la pandemia de COVID-19, la peor crisis económica desde la Segunda Guerra Mundial. Y esto cuando muchas economías enfrentan grandes cargas de deuda en relación con el ingreso nacional. África es la región más vulnerable. El norte de África es un gran importador neto de trigo, la mayor parte del cual proviene de Rusia y Ucrania, por lo que enfrenta una crisis alimentaria particularmente aguda. El África subsahariana es predominantemente rural, pero sus crecientes poblaciones urbanas son relativamente pobres y es más probable que consuman cereales importados. Los agricultores de muchas partes de África luchan por acceder a los fertilizantes, incluso a precios inflados, debido a problemas de transporte y cambio de divisas. Los costes exorbitantemente altos erosionan las ganancias de los agricultores y podrían reducir los incentivos para aumentar la producción, lo que amortiguaría los beneficios de unos precios más altos de los alimentos para la reducción de la pobreza.

Los países ya afectados por conflictos y el cambio climático son excepcionalmente vulnerables. Yemen, devastado por la guerra, depende en gran medida de los cereales importados. El norte de Etiopía es una de las regiones más pobres de la Tierra y enfrenta un conflicto continuo y una crisis humanitaria. Y Madagascar fue azotada por sucesivas tormentas tropicales y ciclones en enero y febrero, dejando su sistema alimentario roto. En Afganistán, las tasas de mortalidad infantil se están disparando debido al colapso de la economía y los servicios básicos de salud. El PIB de Myanmar se contrajo un 18 % tras el golpe militar de febrero de 2021.

La guerra entre Rusia y Ucrania exacerbó este desastre de precios y seguridad alimentaria. Rusia y Ucrania representan más del 30 % de las exportaciones mundiales de cereales, Rusia por sí sola proporciona el 13 % de los fertilizantes mundiales y el 11 % de las exportaciones de petróleo, y Ucrania suministra la mitad del aceite de girasol del mundo. Sumado todo ello, tiene un gran impacto en la oferta del sistema alimentario mundial, y una guerra prolongada en Ucrania y el creciente aislamiento de la economía de Rusia podrían

mantener altos los precios de los alimentos, el combustible y los fertilizantes durante años.

La invasión rusa de Ucrania ha empujado el índice mundial de precios de los alimentos a un máximo histórico. La invasión ha paralizado los puertos del Mar Negro de Ucrania, muy activos antes, y dejó los campos de cultivo sin atender, al tiempo que ha restringido la capacidad de exportación de Rusia. La pandemia continúa complicando las cadenas de suministro, mientras que el cambio climático amenaza la producción en muchas de las regiones agrícolas del mundo, con más sequías, inundaciones, calor e incendios forestales.

Millones están siendo empujados al hambre según el Programa Mundial de Alimentos. Los considerados 'desnutridos' aumentaron en 118 millones de personas en 2020 después de permanecer prácticamente sin cambios durante varios años. Las estimaciones actuales sitúan ese número en unos 100 millones más.

Los niveles de hambre aguda (la cantidad de personas que no pueden satisfacer sus necesidades de consumo de alimentos a corto plazo) aumentaron en casi 40 millones el año pasado. La guerra siempre ha sido el principal impulsor del hambre extrema y ahora la guerra entre Rusia y Ucrania aumenta el riesgo de hambre y hambruna para muchos millones más.

Según la directora gerente del FMI, Kristalina Georgieva: *"Para varios países, esta crisis alimentaria se suma a la crisis de la deuda. Desde 2015, la proporción de países de bajos ingresos que se encuentran en situación de sobre endeudamiento o cerca de ella se ha duplicado, del 30 al 60 %. Para muchos, la reestructuración de la deuda es una prioridad apremiante... Sabemos que el hambre es el mayor problema solucionable del mundo. Ante una crisis inminente es el momento de actuar con decisión y resolverla".*

Pero las principales soluciones a este desastre son inadecuadas o utópicas, o ambas cosas. El llamamiento es a que los 'grandes productores de cereales' resuelvan los cuellos de botella logísticos, liberen existencias y resistan la tentación de imponer restricciones a la

exportación de alimentos. Las naciones productoras de petróleo deberían aumentar los suministros de combustible para ayudar a reducir los costes de combustible, fertilizantes y transporte. Y los gobiernos, las instituciones internacionales e incluso el sector privado deben ofrecer protección social a través de alimentos o ayuda financiera.

Ninguna de estas propuestas se está aplicando. Las principales potencias capitalistas están haciendo muy poco para ayudar a esos países pobres con millones de hambrientos y desnutridos. A finales del mes pasado, la Comisión Europea anunció un paquete de ayuda de 1.500 millones de euros, junto con medidas adicionales, para apoyar a los agricultores de la UE y proteger la seguridad alimentaria del bloque. Los líderes del Grupo del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas y la Organización Mundial del Comercio pidieron una acción coordinada urgente para abordar la seguridad alimentaria. Bellas palabras, pero sin acción.

Una verdadera ayuda sería cancelar las deudas de los países pobres. Pero todo lo que han ofrecido el FMI y las principales potencias es una suspensión del servicio de la deuda: las deudas permanecen, pero los reembolsos pueden retrasarse. Incluso este 'alivio' es patético. En total, durante los últimos dos años, los gobiernos del G20 han suspendido solo $10.3 mil millones. Solo en el primer año de la pandemia, los países de bajos ingresos acumularon una carga de deuda de $860 mil millones, según el Banco Mundial.

La otra 'solución' del FMI fue aumentar el volumen de los Derechos Especiales de Giro (DEG), el dinero internacional, que se utilizará para ayuda adicional. El FMI inyectó $ 650 mil millones de ayuda a través del programa SDR. Pero debido al sistema de 'cuotas' para la distribución de DEG, las cuotas de DEG se inclinan desproporcionadamente hacia los países ricos: ¡toda África recibió menos DEG que el Bundesbank alemán!

Las condiciones macroeconómicas provocan disturbios por los alimentos. En un nuevo informe, titulado "Decreciendo en tiempos de conflicto", la UNCTAD detalla los escenarios que se avecinan. Sri Lanka, cuya crisis de la deuda se está gestando desde hace varios años, es un ejemplo útil de la dinámica principal. Las remesas y las exportaciones colapsaron

durante la pandemia, que también interrumpió el importante sector turístico. La desaceleración del crecimiento erosionó el presupuesto y agotó las reservas de divisas, dificultando a Colombo la importación de petróleo y alimentos. La escasez es aguda. Dos hombres de setenta años murieron mientras esperaban en la fila para combustible, según informó Al Jazeera. Los precios de la leche aumentaron y los exámenes escolares se cancelaron debido a la escasez de papel y tinta. Sri Lanka lucha por pagar los $45 mil millones en deuda a largo plazo que debe, de los cuales más de $7 mil millones vencen este año, y podría unirse a los países que han quebrado durante la pandemia, incluidos Argentina y Líbano, este último muy dependiente de las importaciones de trigo.

En lugar de aumentar la oferta, liberar las existencias de alimentos e intentar poner fin a la guerra en Ucrania, los gobiernos y los bancos centrales están aumentando las tasas de interés, lo que aumentará la carga de la deuda de los países pobres hambrientos de alimentos. Como he explicado en artículos anteriores, y la UNCTAD está de acuerdo, los aumentos de las tasas de interés del banco central no hacen nada para controlar la inflación creada por las interrupciones del suministro, excepto para provocar una recesión global y una crisis de deuda de los 'mercados emergentes'.

El aumento de las protestas y la agitación política preocupa más a las principales potencias que a las personas que mueren de hambre. Como dijo la Secretaria del Tesoro de EE. UU., Janet Yellen: *"La inflación está alcanzando los niveles más altos vistos en décadas. Los precios marcadamente más altos de los alimentos y los fertilizantes ejercen presión sobre los hogares en todo el mundo, especialmente los más pobres. Y sabemos que las crisis alimentarias pueden desencadenar malestar social".*

En la década de 1840, cuando el capitalismo se convirtió en el modo de producción dominante a nivel mundial, Marx habló de un "nuevo régimen" de producción de alimentos industrial-capitalista, relacionado con la derogación de las Leyes del Maíz y el triunfo del libre comercio después de 1846. Asoció este "nuevo régimen" a la conversión de "grandes extensiones de tierra cultivable en Gran Bretaña", impulsada por la "reorganización" de la producción de alimentos como consecuencia de los desarrollos en la cría y gestión del

ganado, y por la rotación de cultivos, junto con desarrollos relacionados en la química de los abonos basados en estiércol.

La producción de alimentos capitalista aumentó drásticamente la productividad de la producción de alimentos y la convirtió en una industria global. A mediados de la década de 1850, estas tendencias ya eran evidentes: cerca del 25 por ciento del trigo que se consumía en Gran Bretaña era importado, el 60 por ciento de Alemania, Rusia y Estados Unidos. Pero también provocó crisis regulares y recurrentes de producción e inversión que crearon una nueva forma de inseguridad alimentaria. Ya no se podía atribuir la hambruna y el hambre a la naturaleza y al clima, si es que alguna vez se pudo. Ahora era claramente el resultado de las desigualdades de la producción capitalista y la organización social a escala global. Y son los más pobres los que sufren. Karl Marx escribió una vez que la hambruna *"mataba a los pobres diablos solamente"* .

Y con la agricultura industrial vino la cruel explotación y el maltrato de los animales tanto como de los humanos. Marx describió en un cuaderno inédito como *"¡Repugnante!"* la alimentación en establos; un *"sistema de prisión celular"* para los animales. "*Los animales nacen en estas cárceles y permanecen allí hasta que son muertos. La pregunta es si este sistema relacionado con un sistema de reproducción que hace crecer a los animales de una manera anormal al reducir los huesos para transformarlos en mera carne y una gran cantidad de grasa -mientras que antes (de 1848) los animales permanecían activos pastando en libertad tanto como fuera posible-, ¿provocará en última instancia un deterioro grave de la fuerza vital?".*

Esta es una crisis global y requiere una acción global, de la misma manera que la pandemia y la crisis climática. Pero tal coordinación global es imposible mientras la industria alimentaria mundial esté controlada y sea propiedad de unos pocos productores y distribuidores de alimentos multinacionales y la economía mundial se dirija hacia otra recesión.

Michael Roberts, habitual colaborador de Sin Permiso, es un economista marxista británico, que ha trabajado 30 años en la City londinense como analista económico y publica el blog

The Next Recession.

Fuente: https://sinpermiso.info/textos/alimentos-hambre-y-guerra

Foto tomada de: https://sinpermiso.info/textos/alimentos-hambre-y-guerra